

Presentación

Trizas y trazas del sujeto

El proceso de configuración de la subjetividad en los tiempos modernos se ha manifestado, en sus rasgos más conspicuos, como una lucha intensa por darle o negarle sentido al concepto cartesiano del ego.

En la sexta de sus célebres *Meditaciones metafísicas*, Descartes enunció la “distinción real” que existe entre el alma y el cuerpo. Y tan *real* le parecía esta distinción que admitió sin reservas la posibilidad (al menos lógica, conceptual) de que un ego desencarnado sobreviviera al morir el cuerpo que le servía de morada. Antes había concluido que el yo que medita debía identificarse con el alma y, asimismo, que no tenía otra esencia que el pensamiento. A partir de entonces nos abruman las interrogaciones del “problema mente-cuerpo”, atinentes, en lo fundamental, a decidir si es legítimo distinguir entre estas dos clases de entidades y, de ser así, qué relaciones han de discernirse entre ellas.

Aunque desde mucho antes los filósofos ya habían hablado de tal abismo ontológico (Platón, por ejemplo, también asumió que el alma solamente *residía* en el cuerpo y que podía existir lo mismo antes que después de tal ocupación), la reflexión de Descartes lo hace mucho *más que un epígono en el tema*. Su dualismo, ciertamente, vino a coronar una completa renovación en los conceptos occidentales de racionalidad, conocimiento y agencia.



El sujeto cartesiano se identifica con lo mental (soy "una cosa que duda, entiende, concibe, afirma, niega, quiere, no quiere y, también, imagina y siente") en la misma medida en que seculariza lo corporal. Y va más allá, pues no simplemente desacraliza o desmitifica al mundo material —despojándolo de cualquier rastro de teleología y animismo, que eran los cristales a través de los cuales se le había visto hasta entonces—: lo objetiva.

En Platón, el cosmos participaba de un orden trascendente y eterno, el cual le comunicaba su racionalidad inherente. La Razón humana no era sino la capacidad de descubrirlo, de verlo *revelarse* en el acto de conocimiento. El orden natural era la materialización del orden ideal y, en este sentido, una señal de lo Otro. Lo corporal era una indicación de lo espiritual; lo sensorial, de lo racional; lo mutable, de lo permanente; lo múltiple, de lo unitario; lo temporal, de lo eterno. Y el arreglo completo del cosmos se hallaba presidido por la idea del Bien. De aquí que la acción humana tuviera que armonizarse con la marcha del universo: no podía ser otra su fuente de inspiración moral. Finalmente, la realización de la esencia sobrenatural del alma se daba en el conocimiento, es decir, en la percepción de que (y cómo) el sentido de lo visible se encuentra en lo meramente inteligible.

Objetivar el mundo de lo corpóreo a la manera cartesiana (moderna) equivale, en cambio, no sólo a rechazar la ontología antigua, sino a reconstruir al

mundo natural en términos mecanicistas (mucho más acordes, por cierto, con la nueva ciencia galileana). Lo material (reducido a mera suma de cosas extensas) pierde su "magia" y la nueva actitud que concita en el sujeto es de neutralidad: nada evoca el mundo físico, nada sugiere, a no ser los "estados" que "causa" en mi cuerpo y las ideas que le corresponden en mi mente. El punto de vista subjetivo es, así, absolutamente desencarnado, ajeno a la experiencia habitual del mundo en primera persona. El sujeto se ve obligado a salir de sí mismo y asumir la postura de un observador externo (un sujeto "universal"), incluso ante su propio cuerpo. De hecho, la adopción de la perspectiva desencarnada es condición *sine qua non* para percibir la "distinción real" aludida al principio de estas líneas.

La vulgata cartesiana ha aislado, en la raíz de este estricto dualismo y el consecuente enclaustramiento de la subjetividad en la conciencia, una motivación teórica: la búsqueda de certeza en el conocimiento habría obligado al sujeto a refugiarse en el pensamiento tan pronto como descubrió el hecho doble de que, mientras que el mundo físico se le da siempre en forma mediada e incierta, su contacto con los fenómenos psíquicos es inmediato y seguro (y lo es tanto que, incluso, su conciencia de sí se manifiesta como absoluta autotransparencia). Empero, la objetivación del mundo material nos da la clave de la motivación básica para construir un sujeto desencarnado, ya que ambas operaciones, en

su correlatividad (no constituyen sino dos aspectos de un mismo movimiento), son indisolubles de una amplia aspiración práctica de control y dominio. Efectivamente, desprovisto de toda esencia espiritual, el universo físico (reducido por Descartes a la única propiedad esencial de la extensión) carece también de todo poder normativo: su historia y su modo propio de ser son incapaces de despertar en nosotros ningún sentimiento de obligación, ni siquiera de respeto. Y así, impedidos para desprender de él finalidad alguna, se transforma ante nuestros ojos en un simple arsenal de medios, de instrumentos yacentes "ahí" para ser aplicados al propósito que nos dicte nuestro deseo (o, ¿por qué no? nuestro capricho): una pura reserva de "recursos naturales". Estas consideraciones han de aplicarse también al cuerpo humano (que igualmente es extenso): sólo un sujeto absolutamente separado de lo material, desencarnado, es capaz de lograr el control racional (léase instrumental) ambicionado sobre sus características e impulsos naturales. De este modo, el concepto moderno de sujeto responde doblemente a la necesidad de dominio que tiene el individuo: soberanía en el reino de la naturaleza para reordenar el mundo a su conveniencia y, también, control de sí, de sus deseos e inclinaciones, ideas y sentimientos, para moldear su carácter "de acuerdo con las especificaciones establecidas".

Así, pues, la racionalidad del sujeto cartesiano se expresa en su autocon-

ciencia, sí, pero también en su capacidad de objetivar lo corporal o extenso —operación en la que el control instrumental se transforma incluso en criterio de verdad científica—. En el plano teórico, sabe bien que las ideas, ya sin su (platónica) independencia ontológica, no son más que contenidos mentales que han de satisfacer en adelante exigencias internas (particularmente, la de producir certeza); que la verdad no está en el manifestarse del ente (en su orden eterno o temporal, pero en todo caso externo al sujeto), sino en cierto orden interno de las representaciones subjetivas (construido de acuerdo con reglas que satisfacen demandas también subjetivas). En el plano práctico, por otro lado, también ha interiorizado el fundamento de su acción. Los dictados morales no proceden de la eternidad, sino de una lógica de la eficacia. Al igual que el sujeto platónico, el cartesiano aspira a una felicidad entendida como hegemonía de la Razón sobre las pasiones. Pero ésta no consiste en que el alma se separe del deseo, sino en que lo instrumentalice; no en que se ponga por encima de lo sensible, sino en que lo objective. Su efigie cabal, entonces, es la de una estación de control autosuficiente desde la cual se dirigen la vida y el pensamiento y se domina la experiencia.

Ahora bien, el cuadro de una subjetividad racional y autoconsciente, acompañada de esta objetividad y centrada en sí misma, se ha venido desdibujando cada vez más en los últimos tiempos. En términos generales, hoy asistimos

a un multifacético *descentramiento* del sujeto expresado en la forma de un descrédito progresivo del carácter de fuente única e incontestable de sentido y de valor que supuestamente lo investía. Ni su racionalidad se presenta ya como absoluta, ni su objetivismo parece conciliable con el rescate de la agencia humana sobre bases críticas.

Actualmente, en efecto, se escuchan por doquier voces que desconfían del poder de la mente para, en su función contemplativa, desembarazarse por completo de interpretaciones distorsionadas o, al menos, condicionadas por circunstancias espacial o temporalmente localizadas (hay quienes, incluso, consideran escandaloso que sigamos atrapados por este anhelo engañoso y neurótico). Aun en el terreno de la ciencia —esa joya pulida por la búsqueda de objetividad—, la propia elección entre teorías científicas se presenta irremisiblemente subdeterminada por los datos y plagada de elementos idiosincráticos. Para no hablar del consenso acerca del fuerte condicionamiento que ejercen sobre la conciencia la situación material en que opera y también sus propios resortes inconsistentes.

En cuanto a su papel activo, se ha verificado haciendo evidente que el concepto moderno de sujeto no solamente no constituye el factor único en la intelección de los sucesos históricos, sino que, además de mistificar la relación efectiva (jamás unidireccional) que se da entre teoría y praxis, ha terminado por convertir en una verdadera aporía el ideal de una acción humana crítica-

mente fundamentada, como consecuencia de ese objetivismo suyo que ha sobredeterminado la cultura occidental por siglos. Y la problemática envuelta en el sostenimiento de esta noción va más allá del intrínquilis que significa, por ejemplo, intentar reivindicar un ideal de progreso material frente al límite visible alcanzado ya en la explotación de la naturaleza, o conciliar la esperanza de justicia y tranquilidad espiritual con el precintado imposible y necesario a la caja de Pandora de la biotecnología. En realidad, el signo más dramático del desamparo moral en que nos ha precipitado tampoco debe buscarse en el eclipse de la ingenua y arrogante pretensión subjetiva de autotransparencia, o en el derrumbe de aspiraciones seculares a la autorrealización y a la independencia, sino en el hecho de que al sujeto moderno concreto, individualista y poseedor de derechos universales en las sociedades democráticas, de mente cuadrículada por las computadoras y dominado por motivaciones hedonistas, ya nada de eso lo conmueve, pues su racionalidad, constreñida dentro de límites instrumentales y hundida en el abismo que separa sin remedio hechos y valores, está impedida de girar alrededor de una órbita que no sea el inmediatismo económico y nihilista.

SUJETOS Y ESTRUCTURAS.

MICROSCOPIOS Y SATÉLITES

La crisis del sujeto occidental moderno como ente racional atado a una lógica

Presentación

instrumental es también la crisis de un pensamiento dicotómico: el que separa en compartimentos estancos a los sujetos y las estructuras sociales. Las ciencias sociales y humanas han tenido enormes dificultades para pensar y explicar la determinación mutua entre el individuo y el sistema.

Parecería que, durante mucho tiempo, los debates al respecto se hubiesen visto dominados por dos tribus de investigadores: de un lado, armada de microscopios electrónicos, una tribu de expertos en el estudio de los individuos y sus acciones, motivaciones, propósitos, preocupaciones, estrategias y sueños; de otro lado, la tribu adversaria, provista de imágenes captadas por cámaras de satélite y especializada en mirar a las sociedades desde las alturas, productora de teorías macroscópicas sobre las características de las estructuras y los sistemas (mentales, culturales, económicos, sociales, políticos). Es verdad que ambas tribus contribuyeron a desentrañar la naturaleza de sus respectivos objetos (sujetos) de estudio; pero hablaban lenguas más que diferentes: los conocimientos de cada una no eran traducibles a los términos de la tribu opuesta. Con las cámaras satelitales se distinguían los grandes perfiles de los sistemas sociales. Pero eran estructuras que aparecían vacías de agencia y subjetividad; enormes engranajes que determinaban desde afuera la conducta de los individuos, descritos éstos casi como marionetas movidas por los hilos invisibles de las leyes sistémicas: eran

sujetos-sujetados a sus condiciones materiales, económicas o culturales. Con el microscopio, por el contrario, se destacaban los detalles en los rostros de los hombres y mujeres; se buscaba comprender sus movimientos, cálculos e intenciones. Pero se perdían de vista los arreglos materiales e institucionales en los que transcurrían sus actos: eran sujetos omnipotentes que trascendían sus circunstancias. Hubo, por supuesto, estudiosos que manejaban los instrumentos de las dos tribus y que intentaron poner en contacto ambas tradiciones y crear un idioma común que hiciera posible la doble traducción de los discursos sobre estructuras a discursos sobre sujetos, y viceversa. Sin embargo, fueron casos excepcionales: siguió predominando la escisión entre los dos campos del conocimiento. Y esto no sólo generó polarización, sino también la persistencia tanto de determinismos estructuralistas cuanto de voluntarismos individualistas.

Por fortuna, en las últimas cuatro décadas del siglo xx cayó en crisis el alejamiento entre los que se servían de lupas y los portadores de catalejos, y comenzó a llenarse el inmenso vacío que separaba sus perspectivas. Durante ese tiempo proliferaron los estudios que buscaban vincular los enfoques macroscópicos y microscópicos. Tal búsqueda se expresó en tres vertientes principales.

En primer lugar, atestiguamos la aparición o recuperación de temas y objetos de análisis que no eran ni el indivi-

duo aislado ni la gran estructura social, sino espacios intermedios cuyo estudio demandaba la incorporación tanto de lo subjetivo como de lo estructural. Entre estos nuevos o renovados ámbitos de indagación pueden mencionarse los movimientos sociales, las instituciones, organizaciones, campos culturales, arenas políticas, procesos de producción, transmisión y apropiación de formas simbólicas, medios de comunicación, grupos y procesos de interacción social. En todos ellos, los individuos no aparecen aislados de otros individuos o de su entorno, sino entrelazados en redes, dentro de contextos históricamente situados, atravesados por relaciones de poder y procesos de construcción de significados. De esta manera, se formaban puentes y mediaciones entre el sistema social y los agentes.

En segundo lugar, se multiplicaron las reflexiones sobre la presencia de lo estructural en lo individual. Se recuperaron planteamientos clásicos de George Herbert Mead (el Otro generalizado), Freud (la presencia de figuras de autoridad en el inconsciente), Parsons (la internalización de normas y valores sociales) y de la antropología (los procesos de endoculturación), para dar lugar a ricos y variados conceptos que muestran cómo la estructura y el sistema no son únicamente realidades externas a las personas, sino elementos que constituyen la subjetividad, que son, pues, interiorizados, apropiados y transformados por los agentes.

Finalmente, surgieron también propuestas para analizar la incidencia de los agentes en los sistemas sociales. En lugar de ver a éstos como estructuras estáticas, separadas de la historia, se les ha ido concibiendo cada vez más como configuraciones que resultan, cuando menos parcialmente, de las interacciones entre los sujetos. Cabe mencionar aquí los diferentes estudios que resaltan las consecuencias a largo plazo de la acción de los sujetos, quienes, por medio de movimientos moleculares, van imprimiendo nuevas características al tejido social, a la manera en que la fuerza del oleaje talla las rocas de la costa. También destacan los enfoques que analizan la forma en que los individuos interpretan y actualizan su mundo simbólico, de tal modo que transforman las estructuras culturales.

En su conjunto, todos estos esfuerzos han permitido avanzar en la reconstrucción teórica de los nexos entre las estructuras sociales y los sujetos; vínculos que ya no se piensan como relaciones de exterioridad, sino como lazos de determinación mutua, en la medida en que las acciones de los individuos se ubican en su contexto social, insertas en una estructura de relaciones que es, a un tiempo, reproducida y transformada continuamente por esas mismas acciones.

Pero la gran riqueza del análisis contemporáneo de la subjetividad no se limita al estudio de las relaciones entre sujeto y estructura. La enorme brecha que separa las imágenes producidas por

Presentación

las cámaras de los satélites y las que se filtran a través de los microscopios electrónicos todavía existe, pero comienza a verse colmada por numerosos investigadores que son capaces de usar ambos instrumentos y también muchos otros que permiten lograr diversos grados de acercamiento para observar la realidad social mediante lupas y catalejos, mecanismos de *zoom* y lentes de gran angular, o bien revisar distintos ángulos, tonalidades o puntos de vista de los sujetos empleando caleidoscopios y toda clase de filtros, así como cámaras fotográficas de cine y de video, todo ello para entender tanto la continuidad como la dinámica de las relaciones sociales e, inclusive, captar dimensiones más profundas de la interacción social por medio de cámaras submarinas, aparatos de rayos x, cámaras infrarrojas y equipos de ultrasonido y resonancia magnética. Además, la investigación social y cultural en nuestros días no presupone un observador objetivo y externo; antes bien —y cada vez con más fuerza—, se introduce la subjetividad del propio investigador como una variable fundamental que también es objeto de estudio, por lo que el análisis se transmuta, además, en un juego de espejos.

En suma, parece que se ha roto la dicotomía entre las antiguas tribus y que hoy el conjunto de las ciencias sociales y humanas confluyen en la exploración de los territorios de la subjetividad y la estructuración social en toda su complejidad y en sus diversas intersecciones.

EL SUJETO: IMÁGENES, REFLEXIONES Y PERSPECTIVAS

En este número 50 de la revista *IZTAPALAPA* se han reunido contribuciones que cubren diversas dimensiones del análisis del sujeto y de sus relaciones con las estructuras sociales. Se buscó incluir miradas multiformes, tratando de abarcar, en la medida de lo posible, las perspectivas de las diez disciplinas que conforman la División de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa: administración de empresas, antropología, ciencia política, economía, filosofía, historia, lingüística, literatura, psicología y sociología. Tomando, pues, como eje el análisis de la subjetividad, cada artículo toca el tema del sujeto pero considerándolo en alguna de las variadas facetas con las que se presenta ante las ciencias sociales y las humanidades. A todos nos interesan los mismos hombres y mujeres, pero cada cual los estudia desde una perspectiva particular y distintiva. Animal político, hombre económico, productor de símbolos, personaje de la historia, Sujeto, escritor, lector, empresario, consumidor, Otro, administrador, miembro de una organización, votante, consumidor de cultura, trabajador, mujer, inconsciente, sujeto colectivo, tejedor de redes sociales, actor en el sistema social, gobernante, indígena, participante en movimientos de masas y tantas otras descripciones que no son sino diferentes nombres y apellidos con los que

bautizamos a los mismos sujetos, diversas máscaras con las que ellos mismos se disfrazan o los disfrazamos, etiquetas que se colocan o les colocamos; en fin, distintos conceptos con los que tratamos de aprehenderlos(as), explicarlos(as) y comprenderlos(as). Nombres/máscaras/etiquetas/conceptos, muchas de estas advocaciones han sido origen o pretexto para un artículo de la edición que presentamos. En algunas colaboraciones, el recorte analítico del sujeto se ha hecho desde la atalaya de una disciplina; en otras, se hizo pensando en sujetos empíricos o en problemáticas particulares pero significativas. En todos los casos se trató de incluir tanto las discusiones clásicas como los enfoques que han surgido en los últimos años.

El número abre con un balance histórico de la revista *IZTAPALAPA* realizado por Daniel Toledo, su actual director. Con el presente, nuestra revista suma ya 50 números publicados a lo largo de más de 20 años: momento propicio, entonces, para echar un vistazo panorámico a todo el camino andado. *IZTAPALAPA* es la revista más antigua de todas las que existen actualmente en la Universidad Autónoma Metropolitana. Toledo reflexiona en torno a esta capacidad de permanencia y recorre, con mirada de historiador, la trayectoria de la revista, dando cuenta de sus diferentes etapas, de la confluencia de diversas disciplinas (que destaca como una de sus características centrales), de los temas que la han animado en distintos momentos. A través del cristal multicolor que forman los cientos de artículos que se han

publicado en la revista de 1979 a la fecha, se perciben las preocupaciones, las modas teóricas, las nuevas tendencias, los temas y problemas en que se ha enfrascado una generación de investigadores. De este modo, en el recorrido de Daniel Toledo, la historia de *IZTAPALAPA* se transforma en una ventana para observar el devenir de las ciencias sociales y las humanidades, no sólo en la Universidad Autónoma Metropolitana, sino también en el país y, en buena medida, en América Latina y otras regiones del mundo.

A continuación se presenta un extracto del libro *Fin de Siècle Social Theory*, del destacado investigador norteamericano Jeffrey Alexander. Su inclusión se explica, amén de su pertinencia, por la brillantez de su análisis así como por la relevancia incuestionable de Pierre Bourdieu, pensador cuya teoría del *habitus* se somete aquí a la acción del escabelo crítico de Alexander. Mientras que Bourdieu ha sostenido que su idea del *habitus* deja ver la huella de la estructura social sobre la acción humana, al tiempo que rescata el carácter interno y creativo de ésta, Alexander le lanza con franqueza el cargo de estar inequívocamente alineado con las huestes del determinismo. Sin abandonar jamás el tono polémico, Alexander acusa a Bourdieu de no entender la relativa autonomía de la cultura, sin la cual la internalización de lo externo transforma al agente en una suma de reflejos inmediatos de las divisiones sociales. En su insistencia de que las representaciones de sentido

Presentación



común se hallan gobernadas por estructuras de tipo material que corresponden “en última instancia” a las diferencias jerárquicas que definen la organización de la sociedad, Bourdieu —al margen de sus intenciones y declaraciones explícitas— habría estrechado (hasta supri-

mirlo) el espacio de la motivación y la subjetividad produciendo una “teoría de la práctica [que] no es más que una teoría de la determinación de la práctica”. Y en esta reducción de lo simbólico a lo económico-social, aun las manifestaciones más particulares de los senti-

mientos humanos se presentarían como el resultado más o menos mecánico de la acción de fuerzas externas, y no como actos voluntarios. La consecuencia es, por supuesto, que el "yo" simplemente se eclipsa en todas sus formas en el pensamiento de Bourdieu, y en su lugar no queda "más que una intersección del tiempo y el espacio, un sitio para la implantación social en su forma más primitiva".

Jorge Issa, por su parte, nos entrega una visión general del perfil de la subjetividad tal como quedó cincelado en dos momentos fundamentales de la historia de la filosofía, el Renacimiento y la obra de Descartes, para recapitular después sobre la persistente labor de erosión que el Romanticismo, antes que Schopenhauer, Nietzsche, Marx y un largo etcétera que llega hasta el pensamiento más reciente, han llevado a cabo sobre su rostro hasta el punto de entregárnoslo hoy totalmente desfigurado y urgido, por supuesto, de una reconstrucción sobre nuevas bases. El artículo retoma la más o menos popular caracterización del pensamiento moderno como una pura "egología", para señalar los simplismos en que incurre y rescatarla, sin embargo, por su virtud de delinear con claridad uno de los rasgos más pronunciados de la cosmovisión que, sea por actual o caduca, todavía da sentido a las reflexiones presentes. Posteriormente, identificándolas como sendas fuentes de luz que permitieron captar los contornos del (a la sazón) nuevo sujeto, resalta, en primer término (y como

parte del múltiple legado humanista del Renacimiento), el acento puesto en la libertad como factor decisivo en la distinción entre cultura y naturaleza; y, después, el repliegue cartesiano a la subjetividad y la vinculación inexorable del sujeto a una racionalidad de corte instrumental. Por último, recorre al vuelo las diversas contribuciones que, desde la exaltación romántica de la sensibilidad, han ido arrojando sombras sobre el subjetivismo racionalista y evidenciándolo como factor de riesgo en el peregrino de una visión capaz de sobreponerse a la potencialidad destructiva de las varias dicotomías en que se apoya la Modernidad.

En su contribución, Enrique de la Garza analiza las relaciones entre subjetividad, cultura y estructura, destacando que durante la mayor parte del siglo xx hubo un predominio del estructuralismo, tanto en el análisis de la sociedad como en el de la cultura y la economía, pero en el último cuarto de siglo se gestó una crisis de las grandes teorías y sus métodos, con lo que se produjo la fragmentación posmoderna. Señala que vivimos un cambio de época en el que el problema central de las ciencias sociales es el análisis de los vínculos entre estructuras, subjetividades y acciones sociales. Revisa diversas teorías sociológicas y su relación con el análisis de la cultura y del lenguaje, así como las aportaciones de los enfoques hermenéuticos. Se detiene en la discusión de los procesos de dar sentido, sus ligas con la praxis y con la reproducción de

las relaciones sociales. Finalmente, concluye proponiendo el concepto de configuración para el estudio de la interacción entre subjetividad y estructura en procesos históricos mediados por la cultura y las relaciones de poder.

Néstor García Canclini, por su parte, introduce al sujeto en una casa de espejos. Parte de la imagen del sujeto autorreferente, construida por la filosofía de la conciencia (la Razón que se mira a sí misma), para después relatar cómo esa imagen fue deconstruida por Marx, Nietzsche y Freud en la medida en que, respectivamente, mostraron que la conciencia era una representación dependiente de las relaciones de producción, que se basaba en la falsedad de los valores consagrados por la cultura europea y que bajo su superficie vivían las fuerzas del inconsciente. Esta deconstrucción hace que "Narciso, que esperaba que el universo sometido le devolviera su imagen —el reflejo de su conciencia—, desde el siglo pasado se aplica a descifrar lo que está debajo del rostro que ahora le entregan. (...) Lewis Carroll es quien ahora nos representa mejor: preferimos, como Alicia, más que contemplarnos en los espejos, tratar de penetrarlos". Analiza también la manera en que la deconstrucción del sujeto moderno prosiguió en la obra de Paul Ricoeur y Pierre Bourdieu. En la última parte de su escrito, García Canclini introduce el tema de los sujetos en la posmodernidad, bosquejando la problemática de los sujetos interculturales (que, de alguna manera, se reflejan en dis-

tintos espejos a la vez) y de los sujetos simulados, fruto de la deconstrucción radical de la conciencia debida a los procedimientos genéticos y electrónicos que propician la invención de sujetos.

Juan Mora Heredia nos entrega un texto que reflexiona sobre los procesos de estructuración y desestructuración de las identidades colectivas en el mundo contemporáneo. La cuestión no es de poca monta: ¿hemos de esperar que en el siglo XXI se redefinan las pautas de constitución identitaria, habida cuenta de la pronunciada particularización que experimentan los individuos en las sociedades complejas? De ser así, ¿cuáles son las coordenadas de salida y llegada de tal desplazamiento? Mora aborda estas preguntas en dos momentos. En el primero, bosqueja la conformación de la subjetividad social acudiendo a los clásicos. Así, comienza con la visión iusnaturalista de la institución estatal como fuerza coercitiva, y del individuo como ente libre y racional; pasa a la concepción historicista con su idea de la nación (y de la tradición, por tanto) como elemento unificador de la colectividad; recuerda la noción de conciencia colectiva que Durkheim asocia íntimamente a la formación de arquetipos simbólicos para dar cuenta de la cohesión social; y, finalmente, rescata la identificación weberiana de sociedad con cultura que convierte a ésta última en un entramado de significaciones en el cual se halla inserto el individuo y por el cual adquieren sentido sus actos y, a sus ojos, los de los demás. En un segundo mo-

mento, luego de repasar brevemente la "euforia movimientista" (de mujeres, jóvenes, homosexuales, etcétera) que en la década de 1960 opacó tanto a la clase cuanto a la nación como núcleos formadores de identidad, se apoya en Habermas para establecer que los nuevos conflictos identitarios se dan en el ámbito de la reproducción cultural (ya no material) y desembocan en movimientos —no precisamente organizaciones— más o menos coyunturales y sectarios cuya acción principal es de *resistencia* a la exclusión y a la invasión de su mundo de vida.

José C. Valenzuela discute el concepto de sujeto en la teoría económica señalando que en el campo económico los sujetos se encuentran muy lejos de contar con libre albedrío, debido a que en las estructuras económicas mercantiles y capitalistas operan fuerzas coercitivas que los limitan; por lo cual prefiere hablar de agentes sociales que se ven afectados por la dinámica del sistema sin que alcancen a tener plena conciencia de las fuerzas que están en juego, si bien (tales agentes) actúan como sujetos históricos cuando se sitúan en una posición de dirección o como la fuerza principal en un proceso histórico. Analiza después concepciones sobre el sujeto emanadas de diferentes paradigmas: la economía política clásica, el pensamiento marxista, la economía neoclásica y la macroeconomía keynesiana. Mientras que los economistas clásicos identifican tres agentes sociales básicos (burguesía industrial, clase obrera

y terratenientes) en términos de sus atributos patrimoniales, la forma en que acceden al producto generado y sus funciones económicas, Marx ve como agentes económicos fundamentales a las clases sociales, pero insiste en las relaciones y conflictos entre ellas. Por su parte, la economía neoclásica ve a los agentes como individuos en una sociedad atomizada, mientras que Keynes considera en el cuadro al capital financiero junto al capital industrial y la clase obrera, además de que toma distancia tanto del marxismo como de la ortodoxia neoclásica. El artículo incluye también una reflexión sobre los agentes económicos en América Latina y sus metamorfosis a partir de las políticas neoliberales.

Luis Reygadas analiza dos riesgos que enfrentan los estudios culturales en nuestros días. El primero es el de la homogeneización, que consiste en enfocar la cultura como un todo monolítico, sin fisuras ni contradicciones, con lo que se limita la comprensión de las diferencias y antinomias que entrañan los procesos simbólicos. A este respecto, discute las dificultades que han tenido los análisis culturales —en particular aquéllos que se han realizado desde enfoques funcionalistas y estructuralistas— para incorporar la dimensión subjetiva y la interacción con el contexto social. Destaca la importancia de la recuperación del concepto de sujeto en el estudio del ámbito cultural y a partir de aquí analiza el segundo riesgo, caracterizado por la fragmentación y el relativismo

(fenómenos que se presentan cuando se sobrestima la diversidad de las interpretaciones que realizan los sujetos, hasta el punto en que se vuelve imposible extraer conclusiones sobre las características generales que definen a una configuración cultural). Para enfrentar ambos riesgos, esboza los perfiles de una concepción estructuracionista, de acuerdo con la cual la cultura es el proceso de producción, transmisión y apropiación de formas simbólicas en contextos estructurados histórica y socialmente por la interacción de los sujetos. En la fundamentación de su propuesta, recupera conceptos tanto de la antropología (Turner, Sperber, Adams) como de la sociología (Bourdieu y Giddens) y la historia (Braudel, Chartier), los cuales se articulan dentro de una perspectiva histórico-semiótica de la cultura.

Luis Montaña, en su contribución, critica los enfoques que han visto al sujeto en la organización sólo como un individuo movido por la racionalidad instrumental, lo que ha coartado el reconocimiento y el ejercicio tanto del afecto como de la palabra, con consecuencias negativas para las posibilidades de construir organizaciones más humanas. Analiza la concesión de un lugar preeminente a la Razón en la sociedad moderna y en sus organizaciones, apoyándose en Taylor, Weber y Merton, así como en la noción de racionalidad limitada de Simon, Crozier y Friedberg. Posteriormente, describe cómo se ha incorporado la trama afectiva en el análisis de la dinámica organizacio-

nal, desde Elton Mayo hasta las corrientes psicoanalíticas. Señala también de qué modo la palabra, el lenguaje y las metáforas se han visto incorporados recientemente en los estudios sobre las organizaciones. Y concluye mostrando que el valor supremo que en las organizaciones se atribuye a la Razón condujo a dos proyectos sociales distintos, uno de diferenciación social, que reconoce espacios institucionales diversos, y otro de ingeniería social, que asume la figura del mercado como prototipo de las relaciones sociales. En ambos casos, el sistema intenta imponerse al actor, pero el análisis organizacional muestra que el actor levanta su voz y afloran sus sentimientos, poniendo en tela de juicio el sentido de la Razón instrumental.

El artículo de Silvestre Manuel Hernández acompaña al pensamiento de Barthes y Foucault para oponerse a la convicción de sentido común de que el autor-sujeto es esa presencia omniscia que se ubica fuera del texto, al tiempo que constituye la fuente última de su significado. Encontramos en esta colaboración un encadenamiento de tesis deconstructivas: sobre el texto (entramado polisémico de escrituras cuya unidad está, no en su origen, sino en el lector, que es su destino), la escritura (nebuloso producto de la moral del lenguaje que, muy lejos de la creación textual, es comunicación intertextual), el idioma de la literatura (lenguaje que es "por sí mismo", *i. e.*, autorreferente), la crítica (metáfora de lo escrito, no su traducción), la putativa precedencia del

autor con respecto al libro ("el escritor moderno nace a la vez que su texto"), el vínculo sujeto-lenguaje (el lenguaje se manifiesta en el eclipse del que habla), los discursos (prácticas discontinuas entrecruzadas, nudos en redes semánticas). Todo lo cual lo lleva a concluir que la crítica, en tanto que opera en un terreno donde no existen verdades, se acerca más a la estética que a la ciencia; y, asimismo, que, en adelante, del autor ya sólo podrá hablarse "en sentido figurado".

Luis Álvarez Colín, por su parte, trata de integrar críticamente al sujeto como ente hermenéutico en la problemática de las ciencias del espíritu y, de paso, rescatarlo tanto del subjetivismo racionalista como de esa otra forma de narcisismo tan común en la posmodernidad que es el subjetivismo irracionalista. Propone para el efecto la constitución de una "nueva racionalidad" apoyada en el pilar de la hermenéutica analógica (de Mauricio Beuchot), a la que nuestro autor adiciona la que le parece una indispensable dimensión simbólica. Las consecuencias de este giro, particularmente para la psicología, serían diversas y profundas: la conciencia de que el sujeto jamás se presenta en estado puro, sino (pues tal es su propia estructura ontológica) mediado por un realismo simbólico analógico; el descubrimiento de la pluralidad de sentido de nuestras prácticas, creencias e ilusiones; la posibilidad de sacar del olvido el potencial mediador de la analogía y la fuerza creativa del símbolo en una

operación equidistante de la univocidad tiránica y las estériles equívocidades; en fin, la provisión de un espacio dialógico entre sujeto y objeto que represente una auténtica reconquista del ser como horizonte y fundamento únicos del conocimiento. Labrando en el suelo de la hermenéutica ontológica (Heidegger, Gadamer, Ricoeur) y luego de detenerse en las relaciones recíprocas entre ser y símbolo (con lo cual delinea, así sea en trazos gruesos, una metafísica simbólica), Álvarez Colín termina asentando los ejes y las tareas fundamentales alrededor de los cuales, según su perspectiva, debe girar una necesaria psicología histórico-crítica que, en sus instancias teórica y clínica, permita captar la realidad psíquica en su total densidad simbólica y contribuir a su desarrollo.

En un escrito donde expone de qué modo se define en la actualidad el objeto de estudio de la lingüística (el lenguaje natural, que —dice él— es específicamente distinto de sus diversas realizaciones: lenguas, dialectos, chistes, refranes, albures, escritura y literatura), José Lema busca establecer que, a diferencia de la natación o la lectura, el lenguaje natural se adquiere en forma automática e inconsciente. He aquí, en su carácter de actividad no reflexiva ("un niño puede decidir no aprender a nadar, pero no [negarse] a hablar"), un primer indicio de que su uso nos confronta con una capacidad natural del sujeto. Pero un repaso general —hecho a continuación— por la historia de dos siglos de lingüística deja ver, no sólo la genealo-

gía del concepto que esta ciencia tiene hoy de su misión, sino el hecho de que, en la alborada del estructuralismo, Saussure ya había definido con nitidez que tal objeto de estudio es precisamente la naturaleza biológica del lenguaje. En la perspectiva de Lema, esto equivale a decir que lo natural en los humanos no es propiamente el habla, sino la facultad de constituir un sistema gramatical (facultad, por cierto, que Chomsky ubica en el mismo nivel que la visión), lo cual permite apreciar cómo la lingüística contemporánea se concentra, ante todo, en el sujeto humano y en la tarea de explicitar y explorar esta capacidad que le es connatural.

El artículo de Sergio Pérez nos recuerda que el sujeto se encuentra sometido a un conjunto de determinaciones estructurales, incluso en esta época en que la filosofía moral y política parece dominada por preocupaciones centradas en la actividad de un sujeto autofundante. Pregunta si el mundo en que se desenvuelven los individuos es producto de su voluntad y su Razón soberanas, para dar una respuesta negativa. Emplea el concepto de descentramiento para argumentar que el núcleo del proceso social no reside en la conciencia autónoma, sino en un dispositivo sustancial del que tanto el sujeto como su conciencia forman parte y, a la vez, son resultado. Recurre después al análisis de la ideología de Althusser para mostrar que el individuo está obligado a entrar en un mundo simbólico y práctico que lo identifica y lo interpela, mediante

un proceso cuyo desarrollo sigue leyes propias. Con Benveniste, trata de establecer que la relación entre el hombre y su mundo no es natural, directa e inmediata, sino que está mediada por el lenguaje. Cada individuo enuncia, propone y explicita sus convicciones, pero lo hace manipulando el material que le es provisto: "el sujeto es sujeto porque objetivamente se inserta en un orden simbólico que lo trasciende, a la vez que le ofrece las condiciones para singularizarse". Por último, recupera a Foucault en su análisis de los modos de subjetivación que constituyen el dominio de las experiencias. El sujeto aparece entonces como objeto de una serie de prácticas y dispositivos que lo constituyen. Procedimientos objetivantes como el castigo, la disciplina o el saber hacen perceptible que el sujeto es, sobre todo, resultado de una estrategia.

Por otro lado, Carlos Ham, en su exposición del pensamiento de Levinas, identifica otro inconveniente de la perspectiva que vive en la clausura de un fundamento subjetivo, a saber: "que no queda en un mero ejercicio de autoafirmación, sino que produce un efecto de exclusión y marginación del otro". En la soledad de su existir, aun apresado en su egoísmo, el sujeto ya se proyecta hacia el mundo exterior, en efecto, pero sólo porque su subsistencia le demanda consumir. Mantiene contacto con lo externo (se nutre, conoce, busca a sus semejantes), pero, como todo esto no es más que el objeto de su satisfacción, siempre retorna a sí mismo: no hay ge-

nuino juego de alteridad. El rostro del otro no aparece, pues, hasta que se da una trascendencia de mayor alcance. Ham profundiza, de la mano de Levinas, en esa operación negativa que troca en contrario al que es diferente: signo del abismo insalvable que siempre hay entre sujeto y objeto. Ese hueco imposible de colmar por el conocimiento o el trabajo es la *diferencia* en cuanto tal; pero justamente es ella también la que permite la relación de alteridad. Gracias a la diferencia, el otro es misterio irreducible para nosotros; por lo cual nos vemos impedidos de comprender su destino si eludimos el diálogo. De esta manera, el lenguaje —que, lejos de suprimir las diferencias, las hace más evidentes— aparece como el espacio en que pueden darse tanto esa fundamental experiencia ética que es la confrontación de rostros distintos, como —y puesto que la paz no presupone una igualdad irrealizable— el descubrimiento del sentido profundo del respeto.

Eduardo Ibarra nos muestra la constitución del sujeto a través del prisma de la obra de Michel Foucault. Mediante una sugerente lectura de los conceptos foucaultianos de poder y gubernamentalidad, discute los vínculos entre saber, poder y constitución de la subjetividad en la sociedad moderna. Identifica en la obra de Foucault tres formas de poder que se desprenden del desdoblamiento del sujeto. En primer término, el poder disciplinario, que surge del desdoblamiento del sujeto como cuerpo frente a los otros, mismo que se orienta

a conducir al otro mediante las tecnologías políticas del cuerpo. En segundo lugar, la biopolítica, que emerge del desdoblamiento del sujeto como población frente al Estado y que se refiere a la conducción de la población en tanto masa humana por medio de las tecnologías políticas de regulación y seguridad. Por último, la moral, que aparece por el desdoblamiento del sujeto como ente moral frente a sí mismo y que alude a la conducción de uno mismo como conciencia moral mediante las tecnologías del yo. A partir de esta lectura de Foucault, Ibarra propone nuevas miradas sobre los problemas de organización de la sociedad actual.

La contribución de Aralia López incide, en parte, en la crítica literaria, pero mayormente en la metaética. En efecto, ella disecciona un cuento de María Luisa Puga y diversos textos de Rosario Castellanos con el fin de poner en evidencia las luchas de poder entre los sexos así como las condiciones sociohistóricas y culturales de la opresión padecida por las mujeres en un contexto de dominación patriarcal. Después de analizar el papel del milenarismo tabú del incesto en la conformación de una ideología y una organización social marcadamente sexistas, muestra de qué modo el polo hegemónico en el patriarcado percibe a la diferencia (de color, de opinión, de género...) como una verdadera amenaza para su posición. Se eclipsa entonces toda posibilidad de mostrarse solidario, flexible o receptivo con el que es distinto; en una palabra, se ve interdicta cual-

quier actitud auspiciosa para el contacto y el mutuo conocimiento y, así, impedida la comunicación humana. El artículo, finalmente, avizora la creación de una nueva ética, ya sea comprometida de veras con la igualdad sexual, ora con el reconocimiento del género femenino como auténtico antipoder, pero en todo caso con la búsqueda de una mayor identificación con lo vivo, natural y concreto como base para una novedosa racionalidad comunicativa (la "utopía" del título) que permita el "encuentro armonioso (...) de las identidades y alteridades".

Pedro Castro, por su parte, reivindica la validez de estudiar a un sujeto individual mediante el método de la biografía histórica, que también atiende a la sociedad a la que pertenece el personaje en cuestión. Considera a este género como una rama del conocimiento histórico que constituye una fuente invaluable para saber de épocas y sujetos individuales y colectivos. Ejemplifica su valía con un ensayo biográfico de Antonio Díaz Soto y Gama y su acción en el Partido Nacional Agrarista en el México posrevolucionario de los años veinte. Soto y Gama, pensador que fue precursor del movimiento armado de 1910-1917 y uno de los fundadores de la Casa del Obrero Mundial, adquirió notoriedad como intelectual que se adhirió a la causa de Emiliano Zapata. La indagación de su labor como promotor de las luchas por la tierra y organizador del Partido Nacional Agrarista permite estudiar también un proceso más

amplio: el de otros individuos, grupos, clases e ideas que se confrontaron en los años inmediatamente posteriores al triunfo de la Revolución Mexicana. De esta manera, enfocando su microscopio sobre un personaje singular, Castro no pierde de vista el conjunto del tejido social y el proceso histórico en que se desarrolló.

La contribución de Ana Lourdes Vega trata de un sujeto colectivo históricamente ubicado, a saber, la población de bajos recursos de las ciudades de América Latina, así como de la problemática que enfrenta para tener acceso al suelo urbano y a la vivienda. Hace una revisión de las teorías que abordan el tema de los pobres de las ciudades en la región desde los años cincuenta hasta finales del siglo xx, en un rápido recorrido que incluye, entre otras, las teorías del desarrollo, la teoría de la dependencia, las tesis sobre la marginalidad, el enfoque de la economía política, la escuela francesa, las polémicas sobre la economía informal y los estudios sobre la pobreza. En este artículo se puede observar cómo se ha bautizado a un mismo sujeto con diferentes denominaciones —marginados, pobladores, sector informal, movimientos sociales urbanos, pobres de las ciudades, etcétera—, dependiendo del enfoque histórico utilizado, de la disciplina y de la época. Vega concluye con algunas interrogantes y líneas de reflexión a futuro sobre la problemática de la población urbana de bajos ingresos en México en el contexto de la globalización.

Por último, el ensayo de historia ambiental de Alejandro Tortolero nos permite corroborar que no es posible entender las trayectorias sociales de los sujetos al margen de su relación con el entorno que los rodea. El deterioro ambiental tiene ya larga data. A través de la historia se han tejido diversas estructuras de interacción de los grupos humanos con el agua, el territorio y los demás recursos naturales. Es posible rastrear las huellas del deterioro y la polución recurriendo a la arqueología, la antropología y la historia. El grado de depredación actual del medio plantea nuevos dilemas éticos a los sujetos contemporáneos: "¿Cuántos humanos puede soportar la biosfera sin colapsarse por la polución y el consumo? ¿La acción humana en la atmósfera redundará en más cáncer, pobres cosechas de granos o en el sobrecalentamiento de los polos? ¿Está la tecnología haciendo la vida de la gente más peligrosa y no más segura?

¿Tiene el *homo sapiens* alguna obligación moral con la Tierra y su círculo de vida, o simplemente la vida existe para satisfacer las necesidades infinitas de expansión de nuestra especie?" Todo esto se pregunta Tortolero, y sus reflexiones nos recuerdan que los estudios sobre el sujeto han pecado de antropocentrismo, hasta el punto de olvidar que ninguna subjetividad será posible en el largo plazo si se erosionan las condiciones naturales de la vida en el planeta.

He aquí, pues, la reseña panorámica de las colaboraciones que dan cuerpo al propósito de revisar los múltiples perfiles de la subjetividad en nuestro tiempo. Esperamos que la aparición de este número 50 de la revista *IZTAPALAPA* provoque en sus lectores el mismo gozo que experimentamos quienes hemos participado en su elaboración.

Jorge Issa y Luis Reygadas